

EL ETHOS NACIONAL A TRAVES DE LA LITERATURA ARGENTINA

Graciela Maturó

El tema de este Congreso me ha parecido de gran interés, dentro de una más amplia y abarcadora preocupación que hoy recorre los estudios literarios en América Latina y en importantes centros mundiales. Se trata de un generalizado reclamo de historificación de la literatura, de su concepto, teorización y crítica, como vía de superación de los criterios cientificistas prevalecientes hasta los años 70. Con relación a la producción literaria de los pueblos latinoamericanos se ha puesto en evidencia, por otra parte, cierta inercia crítica que ha venido aplicando a la misma, en forma mimética, los esquemas tipológicos, periódicos o generacionales producidos desde la teorización y la crítica europea dentro de la historicidad que le es propia. Europa misma señalaba el carácter histórico del concepto de ciencia, y elaboraba nuevas perspectivas críticas superadoras del estancamiento positivista, ya sea por un retorno a la fenomenología, una hermética de la demitificación o una hermenéutica fenomenológica, instauradora de sentido.¹

¹ Véase una síntesis del debate hermenéutico europeo en Hans Robert JAUSS: Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética. Madrid, Taurus, 1986. (Fecha de la obra original: 1977).

El replanteo de nuestra historia literaria, sin embargo, no parte puramente de esos estímulos, sino que se asienta firmemente en un proceso de autoconciencia cultural, que es inherente al modo de ser del americano y se incentiva en los momentos "fuertes" de nuestro devenir. El indígena tuvo una cultura, pero no una conciencia cultural hasta no contrastarse con otro pueblo, cuya diversidad lo cuestionaba y dinamizaba su crecimiento crítico juntamente con un nuevo sentido de historicidad. El español (asentado en una conciencia de identidad fortalecida en el proceso de mestización y lucha con los árabes) viene a adquirir en estas tierras una paulatina alterización que, sin enfrentarlos antagónicamente, llega a diferenciar en forma apreciable el ethos criollo del ethos español.

Surgía una nueva entidad histórica y cultural; se constituía un sujeto nuevo que en sucesivas y dramáticas instancias habría de desarrollar una cultura de matices originales y creciente autoconciencia. La reformulación de una historia literaria², una teoría, y una crítica latinoamericana, se

2 Los criterios de sistematización de la literatura son, fundamentalmente, históricos o tipológicos, en alternancia que revela asimismo su historicidad. El Congreso de Amsterdam, 1935, discutió el tema de la periodización literaria planteando dos posibilidades: insertar la literatura en grandes ciclos históricos, o construir una historia literaria específica. H. CYSARZ defendía esta última posición. V. "El principio de los períodos en la historia literaria", en ERMATINGER et al.: Filosofía de la ciencia literaria. FCE, 1959. En 1974 tuvo lugar en Bonn un Congreso sobre la historia literaria latinoamericana, que reclamaba, desde una perspectiva marxista, la inserción de las letras de este subcontinente en una concepción social e histórica. V. F. ALEGRIA et al.: Literatura y praxis en América Latina. Caracas, Monte Avila, 1975. Una nueva instancia de esta postulación tuvo lugar en el Congreso de la Universidad de Campinas, 1983. V. Ana PIZARRO (comp.): La literatura latinoamericana como proceso. Buenos Aires CEAL, 1985. No es esta la única corriente que reclama una historificación de los estudios literarios. Otros grupos, de fundamentación cristiana, han reivindicado a la hermenéutica como reconciliación de estructura y acontecer, recurriendo a Vico, Dilthey, Gadamer y Ricoeur para un nuevo planteo de

nutre pues doblemente en el conocimiento del proceso histórico americano, con especial atención hacia sus textos -no como meros reflejos de lo histórico sino como hitos de la conciencia en devenir- y en la asimilación, discusión o confrontación de elementos teóricos y críticos que dinamizan una actividad ordenadora reinterpretativa.

Es importante recordar que la literatura misma, además de perfilarse como un emergente histórico, practica a su turno una historicación especialmente cuando surge como lectura, parodización y continuación de obras anteriores, como es típico de la literatura moderna. Ha sido el escritor quien ha encabezado ese movimiento de re-historificación y apreciación global de nuestras letras. Es el reconocimiento del pasado, reconocimiento siempre activo y reinterpretativo, el que permite desplegar una memoria histórica y afirmar una cierta identidad, que desde luego no es estática sino expansiva y proyectiva, como trataremos de fundamentarlo a continuación. Y es especialmente nuestro siglo, a partir de ese movimiento literario ambiguamente llamado modernismo, el que despliega esa conciencia historicante que en sucesivas ondas viene mostrando instancias de simbolización, teorización filosófica e implementación crítica asentadas en el reconocimiento de la identidad cultural latinoamericana. Este gran proceso en expansión ha producido, desde luego, la reconsideración de momentos anteriores que ostentan asimismo la marca de esa preocupación histórica y reinterpretativa, integrando una historia de la teoría americanista.

Las obras de Darío, Lugones, Larreta, Rivera, Gallegos, Güiraldes, Uslar Pietri, Asturias, Carpentier, por agrupar algunos nombres que abarcan las primeras décadas de este siglo o despuntan en ellas, adquieren fuerza historicante y valor de afirmación cultural que induce a nuestro siglo a una progresiva y cada vez más amplia reconsideración del corpus total de la expresión americana, cuyo examen crítico confluye en una reflexión filosófica sobre los aspectos

la literatura latinoamericana. V. Revista Megafón N° 1, Buenos Aires, 1975, CELA: Hacia una crítica literaria latinoamericana. Buenos Aires, G. Cambeiro, 1976; CELA: Literatura y hermenéutica. Buenos Aires, G. Cambeiro, 1986.

originales de nuestra vida, modo de ser en el mundo y particularismo histórico. En los ensayos de Mariátegui, Henríquez Ureña, Picón Salas, Arciniegas, Vasconcelos, Ricardo Rojas, Pablo Rojas Paz, Arturo Jauretche, Mallea, Scalabrini Ortiz, se hallan los gérmenes de una filosofía latinoamericana que sería desplegada en forma más sistemática por Rodolfo Kusch, Manuel Gonzalo Casas, Ernesto Mayz Vallenilla, Leopoldo Zea, Arturo Roig y Mario Casalla, por dar algunos nombres dentro de un campo singularmente activo que permanentemente se enriquece con nuevos aportes.

La búsqueda de una identidad se convierte pues en afirmación consciente de una cultura que se autorreconoce y despliega sus propias categorías epistemológicas, hermenéuticas, históricas, críticas.

Tres grandes campos se ofrecen como reserva a la reflexión del estudioso, del intérprete: la historia, la cultura en la pluralidad de sus manifestaciones vivientes, la literatura. Sin embargo estos campos se revelan totalmente interconectados, si se tiene en cuenta que accedemos a una visión histórica del pasado a través -en gran medida- de textos que a su vez se revelan como literarios, y si se restituye, como lo creemos legítimo, la continuidad de lo literario con las expresiones gestuales, rituales y orales de la cultura. Ello hace indispensable la implantación de enfoques interdisciplinarios que son englobados bajo una perspectiva filosófica, y no ya científica. La sincronía queda hermenéuticamente subordinada a la diacronía, dimensión que revela los ejes de sentido, las categorías culturales que refuerzan un perfil reconocible.

Es dentro de esta perspectiva que hemos querido plantear, así sea brevemente, el tema de la identidad nacional y americana, del ethos propio, y la legitimidad de su localización y reconocimiento en una tradición literaria.

Identidad o ipseidad en la tradición nacional.

El concepto de *identidad* merece ser adecuadamente profundizado, a fin de rescatarlo de estereotipos o concepciones reductivas. Toda identidad es identidad de un sujeto, sea éste personal o comunitario. El tema del sujeto, tan

debatido hoy, es el que permite la vertebración unificante de la persona humana; se reconoce o se niega la existencia de esta dimensión a partir de diversas posiciones filosóficas. Tal discusión se traslada a la existencia de los pueblos como entidades o sujetos de culturas diversas, que asimismo muestran poseer ciertos niveles comunes entre sí. Reconociendo la problematicidad de esta temática, hoy nuevamente planteada ante la formulación de una pretendida universalidad planetaria, nos inclinamos a compartir lo expresado por Paul Ricoeur cuando afirmaba: "He aquí lo asombroso: la humanidad no se ha constituido en un único estilo cultural, sino que ha echado raíces en figuras históricas coherentes, cerradas: las culturas."³ Y son los valores, las imágenes básicas, los símbolos, en fin, los núcleos ético-míticos, los que hacen reconocible a una cultura en relación con las demás.

Es decir que si bien aceptamos como horizonte humano la construcción de una historia universal, tal como la plantearon los filósofos románticos, alentamos la realización de esa etapa sobre la defensa de los particularismos culturales de todos los pueblos. Esto nos lleva a reflexionar sobre el ser comunitario, sujeto de la cultura. Así en lo personal como en lo colectivo, se está ante la doble posibilidad de plantear, en un extremo, el sujeto como idéntico a sí mismo en un sentido formal; sería lo siempre repetido e inamovible. En el otro extremo, encontramos la tensión hacia una alteridad que llega a producir la aniquilación del sujeto como "ilusión sustancialista". Frente a tales extremos, Ricoeur recurre a un concepto elaborado por Jean Nabert, que es la *ipseidad*. Reemplazando la identidad de "lo mismo" por la ipseidad del Sí mismo, se admite la noción de sujeto en crecimiento, que admite sucesivas alterizaciones parciales en el desenvolvimiento de su reconocible personalidad. Ese concepto de ipseidad es aplicable al sujeto comunitario. "La ipseidad comunitaria es el concepto del sí-mismo instruido por la cultura".⁴

3 Véase Paul RICOEUR: Cultura nacional y civilización universal. Buenos Aires, Docencia, 1986.

4 Paul RICOEUR: Temps et récit. T. III, Paris, Seuil, 1985. (V. pp. 354 y ss).

La comunidad construye su caracter en torno a ciertas pautas que emanan de sus núcleos míticos. Hay aceptación de lo fundante y a la vez desarrollo en libertad en un proceso que admite las negaciones, las confrontaciones. Sin embargo, la vitalidad de la cultura en torno a sus lineamientos éticos queda asegurada por una continua recreación de los principios. Ello es propio del ethos americano.

Es innegable el papel de la tradición verbal y escritural en la conformación de una identidad comunitaria. Cuando el pueblo se reconoce en relatos, en historias que dan cuenta de su propio acontecer, en fábulas que expresan sus modos reales o posibles de conducta, se halla en condiciones de construir su caracter, de reconocer un destino común, o la fragmentación de un proyecto colectivo.

Los pueblos de culturas mixtas como los nuestros se muestran deudores de tradiciones plurales cuya riqueza y posibilidad de síntesis se ha ido revelando en la historia misma. La tradición es siempre más amplia que los dogmas; abarca las disidencias, lo no dicho oficialmente, lo marginal o relegado en la cultura. He ahí que una atención interpretativa dirigida a la totalidad del imaginario simbólico americano nos revela los rasgos de una identidad en proceso de autorreconocimiento.

Alejo Carpentier ha afirmado lúcidamente la riqueza original de la literatura latinoamericana, señalando que no se trata en absoluto de una literatura-reflejo; por el contrario, en sus momentos de mayor fuerza expresiva y más plena conciencia de su historia y cultura, se pone a la vanguardia del pensamiento universal, ofreciendo al mundo el perfil de una axiología que pone el acento en la preeminencia de lo ético-religioso y de su consecuencia en la esfera de la acción.⁵

La literatura latinoamericana es histórica en un doble

5 Véase Alejo CARPENTIER: "La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo". Conferencia pronunciada en el Coloquio de la Universidad de Yale. En Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana. Compilación y prólogo de R. GONZALEZ ECHEVERRIA. Monte Avila, Caracas, 1984.

sentido. Como emergente de la conciencia evolutiva de nuestros pueblos, y como registro invaluable del acontecer mismo. La novela hispanoamericana y su antecedente innegable, las crónicas -nombre que suele unificar a un variado material documental, testimonial e historiográfico cuyo carácter literario aparece hoy como indiscutible- otorgan legibilidad simbólica al acontecer americano convirtiéndolo en textualidad diegética, poética, crítica y filosófica.

Estamos pues abocados a la recreación y reconocimiento de una tradición de sentido,⁶ de una memoria histórica que ha sido codificada y revitalizada permanentemente en textos literarios a partir del impulso historicante de España, que introduce la escritura. Pero la pluralidad de nuestra tradición -o los anacronismos de nuestro espacio cultural propio- hacen que ésta discorra por dos carriles disímiles y entrecruzados: una cultura eminentemente oral, viva en las clases populares, y de una cultura ilustrada, que se dinamiza en la relectura de lo escrito pero que apela continuamente al estrato viviente en busca de confrontaciones y redefiniciones que le otorgan legitimidad.⁷

Con ritmos disímiles, ambas corrientes de nuestra tradición, la popular y la ilustrada, desenvuelven aspectos de un ethos cultural que en términos amplios identifica a la comunidad de los pueblos hispanoamericanos, y en términos más estrictos permite el reconocimiento de las identidades nacionales. Pero tampoco ignoramos la problemática inherente a esta definición, dada la presencia de regiones culturales bien reconocibles que abarcan a dos o más naciones, o que incluyen parcialidades nacionales como el Noroeste argentino, por ejemplo, o el Litoral, o Cuyo, más ligadas en algunos

6 Rescatamos el concepto de tradición dinámica enunciado por Hans-Georg GADAMER: Verdad y método. Salamanca, Sígueme, 1977 (Fecha de la obra original: 1975).

7 La relación entre cultura ilustrada y cultura popular es típica de la filosofía humanista que reconoce como hitos insoslayables a Dante, Santa Teresa y Cervantes. María Rosa Lida señaló esta característica en la literatura hispánica. Véase M. R. LIDA de MALKIEL: El cuento popular y otros ensayos. Buenos Aires, Losada, 1976.

aspectos a las naciones limítrofes que a otras parcialidades de su propio ámbito nacional. Por ello es necesario y legítimo ampliar el concepto de identidad nacional al más abarcador de identidad latinoamericana, reconocimiento que estamos frente a una familia de pueblos con una historia y un acervo cultural comunes, y diferencias regionales o nacionales que no fragmentan totalmente aquella unidad, hoy planteada como el horizonte ineludible de una reintegración política.

Como principio hermenéutico recordamos que es en el seno de una tradición, de un corpus de sentido, donde los símbolos, textuales o no, son capaces de entregar plenamente su significación.⁸ Mientras el crítico ideólogo, prejuzgado, lee los textos desde una hermenéutica de la sospecha, buscando hallar las marcas del pattern previamente trazado, el lector estético será capaz de captar, fenomenológicamente, todos los aspectos de la expresión, en una recepción amplia y enriquecedora, que podrá ser completada a su turno por una hermenéutica textual, relacionante de distintos momentos de una tradición, y contextual, abierta a los datos de la historia misma. Ello deviene en la apreciación de un ethos individual y social en expansión y de un trabajo introspectivo y crítico característicos de nuestra literatura.

Muchas de estas obras, escritas en forma de diario o de memoria, han acompañado una acción militante, prolongando así el carácter de las crónicas iniciales. Se escribe para registrar lo valioso de la experiencia; se escribe también para analizarla, para interpretar la propia vida. Muchos episodios históricos o biográficos se prestan a su amplificación o diversificación simbólica, cumpliéndose así un proceso básico de la literatura.

Tempranamente asoma, como signo de un personalismo que continúa el personalismo hispánico, la conciencia introspectiva, que ha sido el signo de la cultura occidental. Según Jauss, los géneros autobiográficos se revelan como la forma literaria genuina que acompaña el crecimiento de la individualidad, y que insume el paso de la cultura teocéntrica a la cultura antropocéntrica moderna, pasos verificables desde las *Confesiones* de San Agustín, como momento ligado aún

8 V. RICOEUR: Le conflit des interpretations. Paris, Seuil, 1969.

a la teología, hasta las de Rousseau, que abren una fase nueva.⁹ Nos atreveríamos a sugerir que esa fase individualista extrema no tiene gran desarrollo en América Latina; por el contrario rige en ésta una tensión que podríamos denominar teándrica. Ella hace posible la integración paulatina del español con la cultura del indígena, la vigencia mítica que se pone de manifiesto en los distintos pasos de la especial "modernidad" americana. Una modernidad que es siempre pre- o post-moderna. Así lo muestra a nuestros ojos la extraordinaria literatura de este subcontinente.

Integrar el corpus total de las letras nacionales.

La crítica actual ha incorporado definitivamente a nuestra literatura los textos liminares, muchos de ellos considerados, antes, de carácter documental o histórico.¹⁰ El humanista Pedro de Angelis inició entre nosotros una tarea filológica al recopilar y ordenar los textos del pasado colonial. Este discípulo de Vico reunió, en los seis tomos de la *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, los textos de Ruy Díaz de Guzmán, de Ulrico Schmidl y la Relación histórica de la rebelión de José Gabriel Tupac Amaru en las provincias del Perú en 1780. Un válido principio ordenador reunía textos del tronco común americano con otros circulantes en nuestra tierra y los provenientes de viajeros que escribieron sobre nuestras realidades. La historiografía liberal tendió luego a separarnos del pasado hispánico, afirmando una autogeneración cultural por obra de la voluntad emancipatoria. Ello impidió -salvo etapas de restitución de aquellos nexos- que los argentinos tuvieran un fuerte sentido de su total tradición cultural e histórica, como lo tienen otras naciones americanas.

9 V. Hans Robert JAUSS: op. cit. (Capítulo A. 8 c: "Origen religioso y emancipación estética de la individualidad" pp. 225-237).

10 Véase, dentro de una cuantiosa línea de trabajo, la obra de Enrique PUPO-WALKER: La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Madrid, Gredos, 1982.

Las obras testimoniales e históricas se han manifestado con visibles matices literarios, incluyendo procesos de simbolización ficcional que son típicos de la literatura; por su parte las obras literarias adquieren carácter histórico y constituyen invalorable documentos del pasado. En esas obras se va revelando y configurando el ethos nacional, como afloramiento de una conciencia colectiva. Asoma allí la flexibilización del rigor hispánico, la marca del humanismo que equilibra lealtad y libertad, la incorporación del apego indígena a la tierra, la adaptación a un medio nuevo, la progresiva aceptación del mestizaje, la incorporación del mito autóctono. También se hace notable, como herencia del personalismo cristiano, la emergencia de un rumbo introspectivo y crítico fundado en los valores ético-religiosos.

Una hermenéutica fenomenológica, aplicada con desprejuicio a la totalidad de los textos que conforman nuestra tradición, permite afirmar la existencia de constantes que perfilan a nuestro pueblo, dentro del común denominador ético-religioso de los pueblos latinoamericanos, como un pueblo menos dado a lo ingenuamente mágico o maravilloso, y más inclinado a elaborar los temas de la culpa y la conversión.

San Martín es un héroe de la renuncia, y es asimismo una figura que encarna arquetípicamente a nuestro pueblo. Leopoldo Marechal elabora literariamente esa figura en la *Cantata* que con música de Julio Perceval, fue estrenada en Mendoza en 1950. Pero más allá de la elaboración manifiesta, los héroes históricos y literarios ostentan una continuidad ética que permite hablar de identidad a pesar del cambio. Las figuras que pueblan nuestro imaginario simbólico surgen de la historia y de la leyenda: son Belgrano y Juana Azurduy, Siripo y Lucía Miranda, Facundo y Martín Fierro. También Erdosain, Adán Buenosayres, Oliveira, aunque sean menos difundidos a nivel popular: o los héroes dramáticos, los héroes de la canción. Reconstruir ese imaginario nacional nos impone atender al pasado y al presente, a lo popular y lo ilustrado, a lo oficial y lo marginal de la cultura. Si la canción folklórica surge del sujeto pueblo tradicional, el tango aparece como fruto lírico y filosófico del hombre en soledad, del hombre ciudadano.

También deberemos fortalecer un concepto histórico de la literatura nacional, prestando renovada atención a las obras liminares. Martín del Barco Centenera fija la raíz del Reyno Argentino en España, pero también ve en España la raíz del indígena a través de Tubal, de quien descienden los hermanos tupí y guaraní. Los moldes míticos, así como los literarios, son rebasados por la realidad de América, que sustituye el heroísmo épico por una gesta cómica, insólita, sobrenatural, donde hay más culpa que triunfos, más frustración que avance.

El Argentino reyno se revela como un mundo no fácilmente ordenable. Por su parte el mestizo Ruy Díaz de Guzmán, que echa a circular buena parte de nuestra leyenda, consigna las apariciones de San Blas y Santiago que originaron las burlas de Azara y de Groussac, anota la existencia de amazonas y pigmeos, y calla la defensa de su mestizaje, la que es elaborada simbólicamente por los episodios novelescos de su obra. En todos estos escritos se va plasmando una modalidad moral menos rígida, menos formalista que la de España: una necesidad de problematizar lo unilateral, de tender puentes entre legalidades opuestas o alejadas.

Rasgo característico de la literatura nacional es la presencia del autor en su obra. Debe ser visto como un elemento ético, y como un signo de afirmación protagónica. Muchas de nuestras obras son declarada o veladamente autobiográficas, desde el barroco laberinto de Luis de Tejada hasta el esbozo novelístico *Las aventuras de Leartes* redescubierto por el Padre Grenon, o las crónicas de viajes de los siglos XVII y XVIII. La investigación histórica nos ha devuelto la imagen del Comisionado Alonso Carrió, quien desplazado de su cargo por poderes de allende el océano, publica su crónica-alegato denunciando en ella los errores de los evangelizadores, la ineficacia de los lenguaraces y la resistencia del indígena, dando cuenta al mismo tiempo de su trabajo y observaciones en una dilatada región. Por esos mismos carriles transitan los relatos del chileno Luis de la Cruz, y más tarde de Olascoaga o Mansilla. La rigidez del concepto de frontera se diluye en ellos, transformándose en el concepto positivo de vida agreste y heroica, apta para la formación del carácter y la ampliación del conocimiento.

El siglo XIX, con la impostación paulatina o franca de una visible antítesis cultural, da pie al surgimiento de una literatura más madura, gestada en las confrontaciones históricas, propicia el comienzo de una introspección más profunda. El enfrentamiento del sujeto individual ilustrado con el sujeto popular, cuya cultura es designada como barbarie, recorre el siglo: Gaspar del Corro señaló certeramente el quiasmo simbólico de los héroes.¹¹ Unos continúan el iluminismo europeo; son los héroes del progreso y la civilización, que aparecen en los escritos de Mármol y Echeverría, atraídos no obstante por la sugestión del desierto. Concepto éste típicamente rivadaviano¹² que niega y condena lo autóctono, así como su representación característica, el caudillo. Otros son los héroes de la tierra, postergados.

Pero la conciencia literaria no está destinada a arraigar en la defensa del progreso, del iluminismo, de la civilización. Por el contrario, aún en escritores ideológicamente adheridos al señuelo fáustico, la tarea poética tiende a compensar el exceso, restaurando la legalidad del vencido, del oprimido, del desplazado.

Los valores se invierten en confrontaciones problemáticas. Sarmiento ve la naturaleza como mal, la contemplación como incuria, la tradición como atraso. Sin embargo su pluma celebra con fuerza inusitada la imagen de la tierra, el perfil moral del bárbaro, el ethos de la tradición provinciana criolla al que se liga por su infancia y temperamento.

Mansilla, hombre de mundo, impregnado de la ideología liberal, es menos vehemente pero igualmente profundo en la recuperación de una visión amplia de la nación, que excede totalmente la tertulia de sus amigos porteños. Su "excursión" es una incursión, y es también un acto de desenmascaramiento.

11 Véase Gaspar P. DEL CORRO: Pacundo y Fierro. Los héroes de la proscripción. San Antonio de Padua, Castañeda, 1977

12 Bernardo Canal Feijóo explora los antecedentes jurídicos del término "desierto" en el Congreso Unitario de 1826. Véase CANAL FRIJOO: Teoría de la ciudad argentina. Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

El, tan amigo del teatro y los disfraces, llega en momentos límites a preguntarse ¿cuáles son los verdaderos caracteres de la barbarie? Y su respuesta está lejos de ser unívoca. El general problematiza el discurso oficial, invierte perspectivas y legalidades, reconociendo que el otro también tiene una cultura. Civilizar es invadir, también destruir. Su desobediencia le ha permitido vivir situaciones protagónicas personales a las que es afecto, pero comprende también que ha rozado una alteridad oculta o disimulada en la vida de sus contemporáneos. Su *Excursión* en forma de epístolas tiene mucho de crónica de costumbres -no en vano fue presentada al Congreso de Geografía de París- pero también es alegato personal, obra testimonio, obra en defensa de la gestión.

El ethos nacional empieza a reconocerse en el ethos popular, pese a la relegación de su proyecto histórico. La literatura, una vez más, se nutre de lo oculto y silenciado, aborda la paradoja, metaforiza lo no expreso. La figura de Martín Fierro entra en el imaginario nacional por derecho propio. No se podría entender nuestro perfil ético-religioso más tradicional sin atender a su figura; así lo ha probado, por otra parte, su amplia difusión popular, y su nutrida descendencia artística en la recreación pictórica, literaria, cinematográfica. Lugones, en gesto crítico y hermético, revalorizó la obra en *El Payador*, sentando juicio sobre ella y destacando al cantor como imagen nacional. Borges, por su parte, no hizo tal vez sino girar infinitamente alrededor de este rico símbolo por el que se sentía cuestionado.¹³

Hernández asienta firmemente el ethos criollo en la sabiduría bíblica, y en la plural tradición de los pueblos, análoga en su fondo. En una nueva batalla del héroe quijotesco, por excelencia hispánico, Martín Fierro sale a jugar su sapiencia contra el avance técnico, contra el dominio civilizador.

Para Cervantes el fin del mito caballeresco era el comienzo de su encarnación en el mundo. El mito de Fierro

13 La crítica del escritor, muy proliferada en los últimos años así lo muestra. Véase, entre otras obras, Alberto J. PEREZ: Poética de la prosa de J. L. Borges. Hacia una crítica bakhtiniana de la literatura. Madrid, Gredos, 1986.

es el mito del hombre americano exiliado en su propia patria. Hernández abre el texto a los discursos diversos de Fierro y de Vizcacha: enfrenta una moral de sufrimiento y justicia a una moral de adaptación y supervivencia, que también es del pueblo. La picaresca española la había anticipado. Vizcacha es el mal necesario, en tanto que Martín Fierro, gaucho cantor, como Santos Vega, encarna hondamente el alma popular. La *Vuelta* muestra la dispersión de figuras de reunión, amistad y coraje; corresponde a otro tiempo y se hace cargo de una espera. En su cuento *El fin*, Borges hace lugar a la venganza del negro contra Fierro, como completando una etapa no contemplada en el poema, prolongando sus líneas. Si en el ensayo Borges se coloca del lado de la ley, llamando a Fierro 'gaucho pendenciero', en su relato da cuerpo al asesino de Fierro, en figura que parece completar el destino crístico del gaucho.

Ni el indio ni el negro habían alcanzado en el poema de Hernández la dignidad del gaucho. Eran el nivel de lo oscuro, lo prohibido, la última frontera que es necesario incorporar. El personaje de Antonio Di Benedetto, Diego de Zama, vive su aventura más reveladora precisamente en esa inmersión en la selva paraguaya. Ir hacia el otro, comprenderlo, es aventura de transformación de la conciencia.

Pero el contrapunto civilización- barbarie, inherente a la historia, no se resuelve en la literatura de modo unilateral; tampoco es así en la tradición popular. La leyenda de Santos Vega, retomada por Obligado en un momento en que adquiere significación histórica notable, enfrenta arquetípicamente a dos figuras que pueden muy bien representar dos perfiles de nuestra cultura y política. Santos es Abel, y como él encarna la obediencia al Padre, el sentimiento, la lealtad; Juan es Caín, la rebeldía innovadora, no desdeñada por el saber tradicional. Sólo una lectura superficial de las tradiciones puede omitir en ellas el valor concedido a la negación, a la ruptura. Bajtín lo ha observado suficientemente en la cultura europea medieval, tal como se revela en los textos de Rabelais. Está igualmente presente ese impulso modificador en la cultura hispanoamericana, moderada en sus cambios, consciente de la legitimidad de absorber la etapa de la negación en una síntesis superadora, como lo ha mostrado suficien-

temente Rodolfo Kusch.¹⁴ Es por lo tanto del lado de Santos Vega como puede hacerse la síntesis, y no del lado del negador.

La ciencia, la innovación material y técnica, el dominio de la naturaleza, son atributos del héroe fáustico europeo. No en vano su imagen circulaba también en la irónica recreación de Estanislao del Campo (Más atrás, el héroe había sido mostrado en su dimensión trágica; el Prometeo de Esquilo paga su demasía con el martirio, aunque es un benefactor de la humanidad). Europa se encarna en los héroes de la fuerza y el conocimiento. América se reconoce en el héroe víctima, el invadido, el avasallado; pero también en el justiciero, el héroe quijotesco. Los héroes del progreso son entre nosotros los héroes del aprendizaje, la culpa y la transformación: instruidos por la *Telus Mater* (como Santos Luzardo en *Doña Bárbara*), discípulos del hombre popular (como el pueblero que vuelve al pago de la infancia en *Don Segundo Sombra*) son héroes de la aceptación, de la religación con el origen.

La búsqueda y reconocimiento del ethos nacional nos exige atender a las creaciones dramáticas, poéticas, novelísticas, a los ensayos y reflexiones sobre el ser nacional, a las leyendas populares, las canciones, las letras de tango, el folletín.¹⁵ Toda expresión del sentir popular nos da a conocer, a veces velado por el sarcasmo, una aspiración hacia la justicia y el bien, una condenación del enmascaramiento, una fe en la providencia o una amargura ante la caída de los valores. Buen ejemplo de ello es el tango, cuyas letras expresan el enjuiciamiento popular.

Los discursos popular e ilustrado confluyen en obras de síntesis revalorativa como *Romance de Río Seco* o el *Adán Buenosayres*. En ellas se afirma, como en los *Cuentos del Sol y del río*, o en *Gente de Palabra* del santafesino José Luis Vittori, un modo de vida que reclama la relación con

14 Véase Rodolfo KUSCH: La negación en el pensamiento popular. Buenos Aires, Cimarón, 1975.

15 Véase como ejemplo, dentro de una amplia corriente crítica, Haroldo DE CAMPOS: "Superación de los lenguajes exclusivos". En: América Latina en su literatura. Coord. e introducción de César FERNÁNDEZ MORENO. México, Siglo XXI, 1972.

el paisaje, y una escala axiológica que reposa sobre la lealtad, la sinceridad, la dignidad, la vocación de reconstrucción permanente.

Pero no pensemos sólo en obras que ejemplifican o subliman la cultura rural. Tampoco caigamos en oposiciones de clase tan terminantes como las propuestas por una crítica ideológica, que ve netamente contrapuestos los mundos de Borges y de Roberto Arlt. Uno sería el representante de la cultura conservadora; el otro, el de la cultura inmigratoria, la clase media pobre y resentida. Sin negar de plano lo que tal clasificación sociológica pueda tener como verdad parcial que irradia en los planos de sentido de la obra, podemos anotar paradójicamente en la obra de Borges la presencia de elementos de cambio y transformación, y en la de Arlt una voluntad de desenmascaramiento y búsqueda del origen. La creación pone en marcha mecanismos contradictorios, modos de comprensión supralógica, dialógica, que implican la superación del punto de vista social. Ramón Doll pretendió clausurar las significaciones de *Don Segundo Sombra* diciendo que era la novela escrita por el hijo del patrón de la estancia. La expresión del crítico nacionalista fue recibida con alborozo por críticos marxistas que han atribuido a Mansilla, Cambaceres, Larreta, Güiraldes, Mujica Láinez, Bioy, Mallea y Borges una conciencia oligárquica cerrada en sí misma y aferrada a la defensa del privilegio. Se omite el hecho de la creación como modificación de la conciencia; se olvida que la literatura no es mero trabajo sobre el lenguaje ni exposición de una ideología. Como decía René Char, el escritor no sale indemne de su página. Cabe afirmar que toda literatura digna de recuerdo excede el trabajo caligráfico, promueve una catarsis interior, y dinamiza una catarsis en el lector.

La constante autobiográfica que hemos señalado -con criterios como Adolfo Prieto, Ara, Borello y otros- como rasgo de la literatura nacional¹⁶, entra en pugna con modalidades ficcionales puras, fantásticas, nominalistas, signistas o concretistas, que sólo tangencialmente son incorpo-

16 Remito, entre otras obras a Adolfo PRIETO: La literatura autobiográfica argentina. Rosario, F. de P. y Letras, UNL. s. f.

radas por el escritor argentino. No es el suyo el camino de la "clausura de los signos", sino el de la lectura de la realidad, la búsqueda de sentido, la introspección, el diálogo y la conversión, características del ethos cristiano. Una obra como *Sin rumbo* expresa la conciencia de culpa que emerge en un personaje de la clase alta -innegable hipóstasis del autor- en un período de lujo y dispersión que desgarrar los valores de la sociedad originaria. Los personajes de Larreta y Mallea viven instancias de meditación personal o ascetismo religiosa que prolongan o espejan situaciones autorales. Las crisis internas, la evaluación del contexto social, los problemas de conciencia, hacen el fondo existencialista de las obras de Gálvez, Cerretani, Roger Pla, Di Benedetto, Viñas, Sábato, Cortázar. Marechal ofrece un nítido ejemplo de novela fenomenológica, surgida del despertar de la conciencia al nivel trascendental, en su *Adán Buenosayres*. A partir del momento crucial que divide la vida en antes y después, se abre la comprensión abarcadora de la historia, que Marechal despliega en sus otras novelas.

Pero nuestra consideración de la literatura nacional no debe limitarse a los escritores más destacados, ni a aquellos que pertenecen a una sola región del país. Una mirada amplia a las distintas regiones argentinas recoge los nombres de Alcides Greca, Angel Vargas, Juan Filloy, Carlos B. Quiroga, José Gabriel, Rosa Quenel, Alberto Rodríguez, Carlos Aparicio y muchos otros narradores, si es que atendemos preferencialmente a la novela y el cuento como géneros especialmente aptos para representar los procesos de la conciencia. En tales obras nos es dado apreciar el perfil antropológico del hombre de provincias, más ligado al paisaje, más inclinado a la celebración lírica, firme en sus convicciones axiológicas, a veces elegíaco ante la progresiva destrucción de su cultura, o ante los cambios sociales. Buen ejemplo de ello lo dan *Los Nombres de la tierra*, de Lermo Balbi, y *Alamos talados*, de Abelardo Arias. La problemática social se dinamiza en los grandes centros urbanos, generando contrastes como los que aparecen en novelas de Libertad Demitrópulos.

La visión de la provincia como centro, la afirmación positiva de su estilo vital, se hace plenamente consciente en el escritor que vuelve a la zona nativa, como es el caso de Héctor Tizón, en Jujuy, o de Martín Alvarenga en Corrientes.

Redescubrir lo propio.

El conflicto dramático civilización versus barbarie se convierte en nuestro tiempo en el enfrentamiento cultural nacional versus modernidad. Ya Antonio Di Benedetto en su novela de los años 60, *El silenciero*, anticipaba agudamente una problemática que se ha venido acentuando desde entonces. El escritor no ofrece soluciones en el sentido corriente del vocablo. Su trabajo es resolución interna, confrontación en el plano simbólico del cual surge siempre una defensa de lo humano. Por su parte Sábato y Cortázar tratan el tema en lúcidos ensayos, además de profundizarlo novelísticamente. Marechal lo configura en forma certera en su *Poema de Robot*.

¿Vamos hacia una civilización planetaria que anulará las tradiciones volcándolas a un "grado cero" de la cultura, o será legítimo recuperarlas en sus símbolos, mitologías, expresión estética particular y herencia ético-religiosa? He ahí el gran problema que se plantea en este final de siglo.

En nuestras obras literarias, pese a la diversidad de su espectro, podemos hallar respuestas humanistas, símbolos orientadores, figuras que expresan la pervivencia de un sentir nacional. El estudio de la literatura nacional debe ampliarse a las manifestaciones marginales, populares, orales, y recoger asimismo la historia efectual, la historia de la recepción estética. Así se nos revelará la persistencia, tanto en la memoria popular como en la recreación artística, de figuras históricas o legendarias que encarnan al héroe víctima: Dorrego, Facundo, Martín Fierro, Juan Moreira. Ellos señalan la constante crítica del alma nacional. Son los héroes de la renuncia y el sacrificio, no los del dominio, la riqueza y la demasía.

También podremos constatar la presencia del héroe ilustrado, el buscador, el outsider, que representa al propio creador como es visible en Sábato y Cortázar. Este héroe también es instruido por su pueblo, como Martín en *Sobre Héroes y Tumbas*, o seducido por el mito, como Oliveira por la Maga.

Una larga serie de obras practican el desnudamiento de categorías formales, la condena de una moral victoriana,

de estilos venales de la política criolla, de la "viveza" que cunde en la sociedad, de la burguesía autosuficiente, del racionalismo vacuo. Bastará recordar en incompleta nómina los nombres de Roberto Payró, Filloy, Cancela, Arlt, Castellnuovo, Mallea, Scalabrini, Jauretche, Puig, Medina, Juan José Hernández, Alberto Lagunas; por contraste, otros escritores elaboran con fuerza el sustrato popular mítico-simbólico, o abordan una poética superracional como Daniel Moyano, Laura del Castillo, Luisa M. Levinson.

El fondo apocalíptico, con su cuota de culpa, castigo y esperanza, nutre las creaciones de Marechal y Castellani, pero también de Sábato, si atendemos a su última novela *Abaddon el exterminador*, verdadero exponente de un desnudamiento total de la conciencia, y radiografía de la decadencia actual.

Nuestra literatura es ejemplo de libertad y ejercicio crítico, rasgos que un tiempo nos singularizaron en medio del panorama latinoamericano, más ligado a lo folklórico. Sin embargo, y acaso debido a esa misma madurez intelectual, es entre nosotros donde surge con mayor fuerza una conciencia americanista, una urgencia de rescatar la identidad cultural, un reclamo de soberanía. No es difícil hoy constatar, en la novela, la poesía y el cuento, así como en la canción popular, este rumbo definitivamente americano que rechaza a las actuales tendencias postmodernas (el pensamiento débil, la anulación del sujeto y del sentido) afirmando en cambio la propia identidad, sujeto histórico, tradición, mitos, valores.¹⁷

El retorno a las fuentes señalado en los comienzos de siglo por Darío y Lugones, tiene su continuidad en el ultraísta Gironde, como puede verse en *Campo Nuestro*, años más tarde en el surrealista Francisco Madariaga cuando escribe *Llegada de un jaguar a la tranquera*. No nos extrañe

17 Se marcan orientaciones coincidentes con las señaladas en recientes estudios sobre identidad cultural y literatura. Véase Paul VERDEVOYE (compilador): Identidad y literatura en los países hispanoamericanos, Buenos Aires, Solar, 1984. Fernando AINSA: Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa. Madrid, Gredos, 1986.

hallar semejante "vuelta" asimismo en autores ligados a la estética creacionista, invencionista, madí y otras afines. El ethos nacional enmarca las aventuras intelectuales o la experimentación formal. La figura símbolo de Horacio Quiroga en su retorno a la tierra, a la provincia, tiene su correspondencia medio siglo después en la de Rodolfo Kusch, volviendo también a la provincia, y continuando el rumbo de la simbolización quiroguiana en lúcida reflexión y fundamentación filosófica.

Las grandes individualidades poéticas viven solitarias y audaces aventuras de la conciencia que comportan ruptura y religación. Esto es tan advertible en Gironde como en Jorge Enrique Ramponi, autor de un canto religioso que justifica plenamente esa calificación teándrica de nuestra cultura. Y también en Macedonio, iniciador de una vanguardia criolla, americana, como lo ha sido la del guatemalteco Rafael Arévalo, el ecuatoriano Palacio o el chileno Huidobro. (Ahora se llega a afirmar que América genera el romanticismo, y también la vanguardia).

Dentro de este movimiento de autoconciencia cultural, que vemos sustentado en la literatura y en otras manifestaciones sociales, ubicamos también el hecho nada común que representa la publicación de una Segunda Parte de *Las Mil y una noches argentinas*, obra de Juan Draghi Lucero, ya clásica de nuestras letras. Todavía no ha sido adecuadamente recogido por la crítica hispanoamericana el valor reinterpretativo que esta obra encierra, al exponer nuevamente el ethos popular en refranes, consejos y fábulas, traspasados por la mirada de un escritor maduro.

Vuelve a ponerse de manifiesto, como en los grandes momentos de nuestra historia literaria, la íntima relación de la literatura nacional con el logos popular que la nutre. Es en definitiva en ese logos popular donde subyacen los ejes de la cultura, el perfil de identidad sobre el cual se proyecta y avanza sin engarsarse a sí misma.

De la total lectura de nuestras obras del pasado y del presente, de nuestro cancionero, leyendas, folklore popular y urbano, creación dramática y otras formas de expresión, surge la identidad nacional, que hoy engendra su fase filosófi-

ca, teórica y epistemológica. Es este el legítimo proceso de una cultura que, sin falsos complejos de inferioridad, reclama su lugar ante la faz del mundo.

Universidad de Buenos Aires.